

Ningún artista tolera "lo real", dice Nietzsche. No por eso, lo hace ser artista, pero al menos tendremos que admitir que el arte nace de este rechazo - al límite el arte es este rechazo. Pero enseguida vemos que en el momento de la negación de lo real se encuentra él mismo negado ya que damos como obra de arte el rechazo. La subversión, en el arte, es el primer momento de un proceso en el que el último tiempo se manifiesta de ordinario por la asimilación de la obra, es decir por la recuperación del rechazo. El arte, por consecuencia, puede ser reconocido como subversivo pero solamente dialecticamente.

De todas maneras no es indiferente ni evidente que hay que pasar por la obra de arte para poner en duda lo real. Porque precisamente ¿qué puede ser lo real para un artista? ¿No es esta la pregunta básica que inspira la obra de Piqueras? Así la realidad para Piqueras ¿no es la prueba de la existencia de un vacío esencial en el cual la escultura no haría sino exorcizar la verdad?

Cuando nos interrogamos sobre la significación de su obra, Piqueras se sitúa de entrada en el terreno de la estética - para finalmente dejar intacto el problema. ¡ De acuerdo! Pero si regresa efectivamente a la figuración no es solamente para obviar las insuficiencias de una abstracción impotente para traducir ciertas situaciones, es también para recuperar nuevamente, en un proyecto nuevo donde ella podría expresar otra cosa de otra manera.

Pero hay además de la estética otra cosa. Así, de este personaje que trepa a lo largo de la columna y luego desciende de la otra parte pero por error con la cabeza para abajo, Piqueras nos dice: "este hombrecito, soy yo". Sin embargo dice también que se trata de una escultura. En particular, el personaje agachado, en forma ovoidal, sería propuesto como depositario de la esencia eterna de la escultura. Pero sentimos claramente que quedaríamos en la superficie de las cosas.. En el fondo, las situaciones imposibles que la escultura de Piqueras concretiza con una fría mise en scène ¿no constituyen ellas mismas la forma plástica de un diálogo de sordos?

Delante de esa escultura, de todas maneras, la tentación es grande de "participar". El personaje que se debate inutilmente en una situación absurda deja una impresión de soledad, se podría decir cósmica, dentro de un mundo donde solamente un vocabulario del desierto podría ser eficaz - un desierto no tanto sahariano ni siquiera polar, un desierto más que lunar: sideral - un mundo todo frío, por consecuencia, de una extraña indiferencia. De otra parte, mientras que el personaje queda siempre idéntico a sí mismo, solamente la columna cambia de materia (mármol, metal y madera), simbolizan el mundo donde los cambios son la ley. ¿Qué significa esta búsqueda de la permanencia, esta resistencia al cambio? ¿Se trata otra vez de la escultura? ¿Por todo decir, este personaje no hace pensar a un esquizofrénico?. ¿Las contradicciones del mundo exterior no se confunden aquí con la incoherencia propia de un universo personal en donde la amenaza sería engañada por el recurso al

rechazo de un cambio?. Metaforicamente podríamos preguntarnos de donde viene la idea que la esencia de la escultura debe ser preservada del "cambio" es decir de la destrucción.

Atención. Que los espíritus sanos no se tranquilicen demasiado rápido: No pretendemos de ninguna manera decir que esa escultura es obra de un esquizofrénico. La escultura tiene como función, en este caso, materializar una situación que empuja hacia lo trágico el problema de la comunicación. La escultura podría ser para Piqueras, un medio de hacerse el sordo para no escuchar la muda indiferencia que hace eco a sus búsquedas de artista emigrado, desarraigado - ella podría ser un medio de darnos la palabra, a menos que estemos decididamente cómodos con nuestra propia sordera al llamado de los demás.

Villeparisis 1973

J.Thullier